



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIJUNTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA

Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana, Diciembre 3 de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.

Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 57

SUMARIO:

Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡A Matanzas! por Juan P. res.—¡Independencia 6 qué...? por Juan Diente.—Boceto á la pluma de D. Juan Alvarez de Lorenzana, por Julio Nombela.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuacion), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull.—Puntos negros, por Juan de Austria.—El Miserere del Trovador, (poesia), por Juan de las Viñas.—Biblioteca española de Ticknor, por M. N.—¡Viva el lujo! por Mariano Ramiro.—Sartenazos.—Anuncios.

Caricaturas, por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

JUAN PALOMO, que se adhirió desde los primeros instantes al Manifiesto de la Prensa, nada tiene ya que decir sobre los últimos tristes acontecimientos. ¡Dios haya recibido en su seno á los ilusos, que con su criminal conducta dieron lugar á las escenas que hemos presenciado!

JUAN PALOMO no se cansará de aconsejar á sus amigos calma, orden, estrecha union y confianza en las autoridades; porque á destruir esta fuerte base de nuestro poder tienden los manejos de los enemigos del nombre español.

No nos dejemos sorprender por ellos: que nos encuentren siempre ocupando nuestro puesto, sin descubrirles ningun flanco, y seremos invulnerables.

He sentido un peilizco en el corazon, otro peilizco en la nuca, y un gran reconcomio dentro del pecho.

Quisiera tener un grifo en cada ojo y un depósito de agua en la cabeza para llorar cuarenta dias con sus cuarenta noches, sin que esta operacion pudiera suspenderse por mal tiempo, ni por otras circunstancias análogas.

¡Tendré ganas de llorar!.....

¡Ah! Todos los conductos de la sensibilidad se me han destapado; la cañería por donde corre el dolor, dentro de mi cuerpo, se ha roto, y la desesperacion ha salido de madre, como los rios; lo diré de una vez: estoy hecho una lástima!

Acababa yo de depositar mi óbolo (para que le vuelvan á llamar filibustero, le den morcilla y le toquen un redoble en las espaldas) en una suscripcion que crece de dia en dia, cuando las últimas noticias de España me dicen que don Nicolás Azcárate ha dejado de ser director del periódico *La Constitucion*.

¡Y no habrá ocurrido en Madrid ni siquiera un terremoto! La naturaleza es sorda á los grandes infortunios.

Pero Azcárate no se ha separado del periódico como un simple mortal, nó; su retirada no ha sido como la de otro cualquiera director que deja el puesto. Azcárate se eclipsa, "odiado por muchos, combatido por casi todos y abandonado por otros."

El curioso lector pensará que estas palabras las ha dictado algun enemigo acérrimo de don Nicolás. Pues nada de eso: están escritas por el mismo Azcárate, que se ha creído obligado á confesar esas frioleras para que no se diese mala interpretacion á su retirada.

Podria creerse, por ejemplo, que lo hacia por motivos de salud, como se acostumbra en tales casos; y ¿qué hubiesen dicho entónces las generaciones futuras? ¡Qué vergüenza! Mientras que así "odiado, combatido y abandonado," tiene todo el aspecto de un héroe en mangas de camisa, y pasará á la posteridad, ¡no ha de pasar! ¿No pasó el gallo de Moron?

Pues díganme ustedes qué viene á ser Azcárate en su actual situacion, más que un gallo de Moron perfeccionado.

Ocho varas de percalina compró para la banderita aquella que llevaba en la célebre manifestacion de los radicales.

Y que sea posible que una hoja, una sola hoja suelta remitida desde la Habana á la prensa peninsular, ha dado al traste con una fuerte columna del laboranlismo, con una entidad, cuyo amor pátrio media ocho varas de percalina?

Que se me diga ahora si no están pervertidos los tiempos. Cuándo ha valido más una hoja que ocho varas de percalina?

No recuerdo más que otra ocasion en que haya ocurrido eso. Allá, al principio del mundo, cuando el primer hombre, sin duda por miedo á *La Inter-nacional*, en vez de comprar tela para vestirse, se colocó una hoja, figurándose que iba tan elegante y tan currutaco.

Pero aquella hoja y esta de ahora han tenido aplicaciones muy diferentes. La primera sirvió para tapar; las segunda ha destapado las *sinvelgüen-serías* de don Nicolás.

Ha llegado á las inmediaciones de Melilla el hijo del emperador de Marruecos, á quien su papá le ha dado el encargo de castigar á los moros que hacen fuego á la plaza con aquel cañoncito de marras.

El sultanito pequeño ha hecho el viaje en posta, como corresponde á un príncipe, y en efecto, no ha tardado en el camino más que un par de meses.

Pero ya está allí dispuesto á hacer una que sea sonada. ¡Pobres rifeños, buena os aspere!

Deseando saber estarás, lector curioso, las hazañas del príncipe. Pues te las voy á contar.

Salió de su casa en son de guerra, con el *sable de papá* en la cintura.

Tres semanas y cuatro dias tardó en despedirse de sus mujeres: y eso que no le decía á cada una más que:—Chinita, que te vaya en bomba!

¡Si tendrá mujeres! eh?

Por el camino fué haciendo gran acopio de coraje, de turor y de empuje.

Llegó frente á las amotinadas kábilas y... ¡sus, valientes!

Te figuras tú, lector amantísimo, que de la primera embestida no dejó un moro entero?

Cá, nó, señor; lo primero que hizo fué pararse y pedir dinero á España para los gastos de la expedicion.

Parece que esta es la táctica guerrera que está en moda entre los marroquíes.

A las últimas fechas quedaba allí el príncipe muy tranquilo, esperando esos realejos, y regularmente las próximas noticias nos dirán que de estar ocioso se le ha enmohecido el *sable de papá*, y tendríamos que comprarle uno nuevo á la criatura.

Ya verá usted como es eso lo que sucede.

Y mientras ese príncipe llega al frente de Melilla y pide dinero, otro príncipe se presenta en un país republicano y..... ¡allí fué Troya!

Se lo habrán comido crudo, no es cierto? Porque parece natural que un pueblo que odia la monarquía, no mire con buenos ojos á los vástagos reales.

Pues sí, señor; los republicanos yankees se han conmovido á la vista del príncipe Alejo, y se han arrodillado al verlo pasar, y las mujeres le tiraban besos.....

Y el ruso, más sério que un moro de rey, ni se inmutó siquiera, ni les echó un piropo á las muchachas.

Unos decian que esto era frialdad; otros, que orgullo, los de más allá, qué bobería! ¿Quién tendrá razon entre todos?

Ninguno de los que así piensan. A don Alejo no le hacian mella los besos de las neoyorkinas, porque, naturalmente, estas lo besaban en inglés, y el pobre no entiende más que el ruso.

Lo mejor sería que le dieran los besos á un intérprete, para que se los tradujera al imperial personaje.

Me propongo, para intérprete. ¿Sirvo?

Hace pocos dias cruzaban las calles de Nueva York dos damas de buen talante, paso ligero, mirada provocadora, peinado monumental, abultado seno y tez trigueña.

Caminaban silenciosas y cuidadosamente tapadas con un manto. Por arriba no se les veía más que la punta de la nariz y un ojo; por abajo, cuatro dedos, solamente cuatro dedos de pantorrilla.

Entraban y salían de las casas con admirable rapidez, y de vez en cuando detenían á ciertos transeuntes. En aquella operacion y en esta no llevaban otro objeto que pedir dinero. Dinero para la causa..... ya me entiende usted, la causa de la estrella, del berrido y otros alifafes.

Las damas recogieron, por junto, veinticinco pesos que les dió un cándido.

El susodicho cándido entró pocos momentos después en un restaurant. Allí estaban las dos bellas comiendo opíparamente. El cándido se sentó en una mesa contigua y no cesó de echarles el ojo. Cuando llegó la hora de pagar, la más graciosa de las damas sacó el mismo billete que el cándido le había dado para municiones y satisfizo el gasto.

Las encubiertas se levantaron con rumbo, describieron un gracioso semicírculo con las faldas, y... á vivir, tropa.

El cándido permanece todavía estupefacto.

Una de las elegantes damiselas dicen que es mejicana; la otra se parece tanto á doña Emilia, que si don Cirilo la vé, se le figura que es su mujer y huye.

Con que.... quién será?

JUAN PALOMO.

A MATANZAS!

Está ya hecha mi maleta y yo listo y emperregilado, dispuesto á emprender viaje; voy á Matanzas, la ciudad privilegiada por la naturaleza y escogida por los buenos españoles para conmemorar en su recinto los hechos más culminantes de nuestra gloriosa historia.

Y tratándose de una apoteosis que á la patria consagran sus buenos hijos, no es posible que este servidor de ustedes se quede metidito en casa esperando que le cuenten lo sucedido. Nada, á Matanzas á lucir el garbo, y el que quiera, que me siga.

¡Valientes tres días, caballeros, me propongo pasar en la ciudad de los dos ríos! No precisamente porque me alboroten las fiestas al extremo de ir á buscarlas á veinte y tantas leguas de distancia, expuesto á un descarrilamiento, ó cuando menos á dejar un pedazo de mí ser entre las triturantes aspas del torniquete que tiene para su uso y ajeno perjuicio la empresa de Regla, instrumento horrible del cual dijo lo siguiente un amigo que quiero mucho:

“Echa mil ternos de noche y día—contra la empresa de la Bahía—el sulfurado pueblo habanero,—con mil razones, según infiero,—pues desde el año sesenta y siete—sufrir el tormento del torniquete.”

Pues como iba diciendo: mi afición al jaleo no llega á tanto, pero las fiestas de Matanzas entrañan en sí una idea tan patriótica, trascendental y salvadora, que halla en mi corazón un eco entusiasta.

Fundar en tierra de Cuba una institución que anualmente nos recuerde nuestras venerandas tradiciones, las hazañas de nuestros ascendientes y nos haga gozar trayendo á la memoria el esclarecido origen que constituye nuestro mejor timbre de nobleza, es el propósito que anima á los leales hijos de Asturias, representantes esta vez de todos sus hermanos de las demás provincias, al instituir las fiestas anuales á la Virgen de Covadonga.

Y que el pensamiento es útil, cuanto acertada su manera de llevarlo á cabo, no es cosa que necesita demostración, porque existe en todas las conciencias el convencimiento de su eficacia. Puesto que Cuba es de España, puesto que aquí todos somos españoles, perpetuemos entre nosotros esas sagradas conmemoraciones de hechos sublimes, que al honrar nuestra historia, honran también la de la humanidad entera. Tributemos ese anual homenaje de respeto y cariño á estas gloriosas proezas que conquistaron nuestra nacionalidad y nos dieron un rango preeminente entre las naciones del mundo. Conozcamos á fondo lo que fuimos, para que el buen ejemplo sea la norma á que ajustemos lealmente nuestra actual conducta, recibiendo inspiraciones que manen de ese purísimo manantial de fé y constancia que brota de nuestras castellanas tradiciones, y sea el pueblo español de hoy digno del que le emancipó de las tinieblas del error.

Es la obra de la reconstrucción social de esta provincia tan necesaria á la felicidad de ella como al prestigio de la Metrópoli, la que está confiada á esas entusiastas agrupaciones provinciales que popularizan en esta provincia las puras creencias que llevaron á sus ascendientes á luchar y vencer por la Patria.

Por eso digo que á Matanzas llevo mi humanidad cuidadosamente empaquetada en un coche del ferro-carril; quiero participar de las fiestas que se tributan á la Virgen que lleva el nombre del sitio que sirvió de cuna á la independencia española; quiero bailar la *gairdilla* asturiana, la gallega mu-

ñeira, el *fandango* andaluz, los *zorricos* vascengados y cuanto por allí se cante y se baile, que no será poco en gracia de Dios; con lo cual, está dicho que no me faltará qué hacer.

Por supuesto, que en la Habana dejo la cáfila de cuidados que me rodean, como otros tantos inconvenientes de la pícara vida; no quiero llevar conmigo más que mi buen humor y mi equipaje, que como el de D. Juan Paulin, se compone de tres trapos y medio; voy á soltar, no una, sino todas las cañas que me hacen viejo, aunque vuelva más calvo que la ocasión.

Hay que hacer abstracción de cuantos asuntos nos hostiguen, y uso el plural porque estoy seguro de que todos ustedes serán mis compañeros de viaje; es fuerza que la Patria, á la que están consagradas las fiestas matanceras, sea el exclusivo objeto que nos preocupe, y hagamos en su honor cuanto su honor merece.

Con que, lo dicho, dicho, y hasta Matanzas, donde desde el día 7 se encontrará á la disposición de ustedes vuestro amigo

JUAN PEREZ.

¿INDEPENDENCIA Ó QUÉ....?

¿Será posible que haya algo más pesado que un beodo cuando coge un estribillo?

Me parece que sí: dos beodos.

¿Y cuando el uno vale por dos ó algo más?

Entonces

“un caballo, un caballo, campo abierto y déjame frenético correr,”

para escapar de las garras de don Pancho Aguilera, porque lo diviso en puerta.

Vuelvo á mi tema: no hay nada tan posma como un borracho que coja la manía de repetir una misma irasé millares de veces mientras dura la carpanta.

Y diga usted que son de *ene* en todos los ébrios esas repeticiones.

—Compadre, hay *pantomima*?

Dice, y continúa la calle arriba ó la calle abajo, haciendo la misma pregunta á todas las esquinas.

—Hay *pantomima*?

Y la piedras que forman el esquinazo, sin contestar una palabra.

Qué iniquidad! Eso es tener el corazón de piedra berroqueña.

Me detengo á pensar.....

Pero, señor, para qué habré hecho yo las anteriores reflexiones, si no pienso hablar de las borracheras ni de los borrachos?

Estoy observando que me voy por los cerros de Ubeda. Lo que yo quiero decir es que ha vuelto á aparecer el periódico mambí *La República*, igualito en un todo á los anteriores números.

Las mismas cosas, en igual estilo, y por supuesto, sin pagarle tampoco al impresor.

—Hay *pantomima*?

Vuelta con la idea del borracho!—Quiero desecharla; quiero hablar solamente de *La República* y de sus artículos.

A bien que encuentro uno firmado por *Francisco V. Aguilera*.

Fíjense ustedes en esa V colocada entre el *Francisco* y *Aguilera*; ¿No es verdad que parece un embudo para llenar toneles?

Chist!.... es una observación hecha al paño: continuemos.

He dicho que he tropezado con un artículo, y no es verdad: lo que tengo á la vista es un sermón ó discurso, de fecha muy atrasada, porque á *La República* le ha sucedido lo que á aquel viajero que se heló en las nieves de la Siberia. Le entró la parálisis de la sangre cuando estaba pronunciando la frase: *tengo mu....* y se quedó á la mitad. Algunos meses después, en la primavera, al empezar el deshielo, lo encontraron unos caminantes, y á fuerza de fricciones, promovieron la reacción y lo volvieron á la vida.... *cho frío*, dijo al recobrar el sentido, continuando la frase interrumpida algunos meses antes.

La República tuvo una catalepsia en los días anteriores al 10 de Octubre, tercer *asni-versario* de Yara, y al resucitar ahora, lo primerito que hace es encajarnos los discursos que se pronunciaron para celebrar el susodicho *asni-versario* y que se le habían quedado en el buche al caer sin sentido.

—Hay *pantomima*? vá repitiendo el borracho, calle arriba ó calle abajo, porque *pantomima* para él es el vinillo que lleva en el cuerpo.

¡Qué posmas se ponen los borrachos cuando toman un tema!

¡Vuelta á las andadas! á que me volveré yo á acordar otra vez de los borrachos?

Prosigo.

Señoras y caballeros, empezó diciendo el agente principal de Cubita Libre, y continúa ensartando un par de docenas de frases, entre las que repite diez veces: *Independencia ó muerte*.

¡Qué pesadísimo se ponen los borrachos!

Digo!.... ya me confundí: la idea del “hay *pantomima*?” se me ha embutido de tal modo en el cerebro, que ahora la trabucaba con el *Independencia ó muerte* del valeroso caudillo mambí.

¡Qué torpeza la mía!

“Retumbando de colina en colina,—dice el héroe—y de monte en monte, aún resuena en nuestros oídos: *independencia ó muerte*!”

Así se explica, y luego continúa diciendo:

“*Independencia ó muerte*: hé aquí la palabra eléctrica”

¡Que se repita!

“*Independencia ó muerte*! juramos de lo más íntimo de nuestros corazones.”

¡Otra, otra! ¡Bomba, bomba!

“*Independencia ó muerte*, pues, debe ser nuestra divisa.”

¿Quiere usted un recibo por la frase, don Pancho? ¡Qué pesaditos se ponen los beodos! Y conste que lo digo por el otro, por el de *hay....* aquello: la imaginación se vá á la idea primitiva.

El antiguo compañero de Céspedes ha cumplido su juramento, pues para estar *independiente*, abandonó la insurrección, y si no le dejan su independencia, prefiere morir de *añejo* (no me atrevo á escribir *viejo*, por el qué dirán.)

Independencia ó muerte....

—Hay *panto....*

¡Ya, ya, si se ponen pesaditos los borrachos!

Hago una pausa.

—A ver, don Pancho, dígame usted; ¿independencia ó qué....? porque no me he enterado bien.

JUAN DIENTE.

BOCETOS A LA PLUMA.

D. JUAN ALVAREZ DE LORENZANA.

El año de 1840 llegó á Madrid un joven de pequeña estatura, de naturaleza endeble, y al parecer tan apocado y tan tímido, que costaba trabajo creer, como aseguraban algunos de sus compañeros de Universidad, que en un cuerpo tan pequeño se encerrase un alma privilegiada. El recién llegado había nacido en la ciudad de Oviedo el año de 1818, y por consiguiente, acababa de cumplir 22 años.

Era hijo de una noble y distinguida familia, contando en ella, entre otras celebridades, al famoso Cardenal Arzobispo de Toledo, de la última década del siglo pasado.

D. Juan Alvarez de Lorenzana, que así se llamaba el joven asturiano recién llegado á la Corte, después de haber dejado una brillante reputación en la Universidad de Oviedo, acudió á Madrid con el único objeto de poder, en cambio de todo género de sacrificios, alcanzar una parte de gloria y de fortuna.

Desde luego comenzó á distinguirse en la Academia de Legislación; pero su naturaleza enfermiza le obligaba á abandonar de cuando en cuando la Corte para ir á pedir el restablecimiento de sus fuerzas á los aires natales.

Sabido es que los asturianos han tenido en todos tiempos representantes distinguidos en el Gobierno de la nación, y sabido es también que el que á este encumbrado puesto llega, se complace en proteger á sus paisanos. Lorenzana fué nombrado oficial del Gobierno civil en el año 1845, y poco después pasó á desempeñar el mismo cargo en el Consejo Real. A fuerza de estudiar y de meditar sobre el estudio, había adquirido una ilustración vastísima, y con esos elementos y sus inclinaciones naturales, logró que le nombrasen redactor de *El Faro*, órgano entonces de los hombres más distinguidos en el foro y en la prensa. Renunció al empleo que desempeñaba y empezó á conquistar la reputación de periodista de que goza. Más tarde escribió en *El País*; pero donde desarrolló, por decirlo así, sus grandes facultades, donde conquistó el primer puesto entre los publicistas españoles, fué en *El Diario Español*. Aún cuando conocían y admiraban su inmenso talento todos los que vivían á su lado, no podían menos de asombrarse de aquellos artículos varoniles, llenos de ciencia, de ilustración, intencionados y corteses. Vamos, costaba trabajo creer que una planta, al parecer tan pobre, diera flores tan bellas y frutos tan sazonados y sabrosos. En aquellos tiempos, era *El Diario Español* un periódico ormi-

dable. Escribían en él Lorenzana, Rancés y Villanueva, García, Miranda, Cámara, etc., y era la expresión del elemento liberal del partido moderado. La campaña que hizo contra los polacos contribuyó a la revolución de Julio, y no fué, ciertamente, quien menos parte tuvo en la derrota de aquel Gobierno el insigne Lorenzana. Su fama fué creciendo y ha conseguido ser una prueba palpable de que el talento logra unir a su carro de triunfo la fuerza, la habilidad, el valor, todo. No adelantaba, sin embargo, en su carrera como otros muchos que, menos ilustrados y con menos elementos para triunfar, poseían una exterioridad agradable, una arrogante figura ó unos puños apropiados para manejar el sable ó el florete. En 1857 obtuvo la Dirección general de Administración, cargo que hoy parecería insignificante á cualquiera de los políticos de la última hornada. En este puesto brilló Lorenzana, como no podía menos de suceder. Redactó los documentos más importantes, tales como el decreto para la disolución de las Cortes Constituyentes del bienio y de la milicia nacional, y el en que declaró restablecida la Constitución del 45 con el acta adicional. Paso á paso, ganó la sub-secretaría del Ministerio de la Gobernación. Más tarde fué elegido Director general de Ultramar, ántes de que esta Dirección se convirtiese en Ministerio.

Cuando entró Narvaez, presentó su dimisión, pero el Duque de Valencia, que conocía sus prendas personales, empleó los medios más dignos y afectuosos para que continuase en su puesto.

Todo fué inútil. Lorenzana era el verdadero creador de la Unión Liberal, y tenía que permanecer en su puesto hasta ver fructificar la semilla que había sembrado.

Dos ó tres artículos suyos célebres, y que pasarán á la posteridad, entre los cuales puede citarse *La clave y Misterios*, fueron los más poderosos arietes lanzados contra el trono de doña Isabel II. El país entero leía estos artículos, y aunque no aparecía la firma al pie de ellos, no había quien no los atribuyese á su verdadero autor. No hay, en efecto, en España quien escriba como escribe Lorenzana. Sus artículos se distinguían entre mil, aunque todos fueran de primer orden. Desempeñando unas veces el puesto de sub-secretario de la Gobernación, otras el del Consejo de Estado, durante el último Gobierno del Duque de Valencia y el que le sucedió de González Brabo, fué individuo de la junta revolucionaria y uno de los que más contribuyeron al triunfo de la revolución de Setiembre.

Esta hizo justicia á su mérito y le confirió la primera secretaría, es decir, la carta de Estado. Individuo del Gobierno Provisional, tuvo ocasión, en varios documentos importantes, de demostrar una vez más lo que vale; pero quizás entonces pudo convencerse también de que su carácter no era el más apropiado para ser un ministro revolucionario. Yo creo firmemente, que siendo, como es, el Sr. Lorenzana una de las inteligencias más superiores de España, el primer publicista, en situación y bajo formas de Gobierno como las que nos vienen rigiendo, su puesto está en el periodismo. En el siglo pasado, al lado de un Carlos III, habría eclipsado Lorenzana la fama de Florida-Blanca y habría podido, con su talento, hacer una verdadera revolución pacífica en las costumbres y hasta en las instituciones de la nación; pero su voz es débil, y en este tiempo se necesita gritar mucho; su naturaleza es enfermiza, y aquí se necesita una salud exuberante, una fuerza hercúlea, una estatura colosal. Además, es un verdadero sábio, y es cosa demostrada que brilla menos el que posee la ciencia que el que sabe de memoria la vida y milagros de los hombres políticos y aprovecha la ocasión de recordarlos en los periódicos y en la tribuna para hacerse temible. Hombre de generoso corazón, amante de la familia, sus costumbres son sencillas en extremo. Id á visitarle, y apenas os anuncian, un criado os conducirá por un largo pasillo á una escalera estrecha; os invitará á subir, y al final hallareis una habitación especial de mirador á los cuatro vientos, y detrás del gran publicista, iluminado por una dulce sonrisa, con la que acoge siempre á los que le saludan. En torno vuestro, vereis las paredes rodeadas de estantes llenos de libros. Aquella habitación es un verdadero santuario de la ciencia. No extrañéis la confusión, el desorden que constituyen uno de los encantos de aquel estudio. A veces, sobre las sillas se encuentran libros amontonados; otras, prendas de ropa confundidas con legajos y periódicos. Todo revela allí un alma que vive de la ciencia y deja el cuerpo abandonado. Por desgracia, esta gran inteligencia se vé dominada á veces por los sufrimientos del cuerpo; pero mientras aliente, vivirá consagrada al amor del estudio, y cuando se extinga, dejará un gran ejemplo á la posteridad.

Lorenzana figurará siempre como el primer publicista español del siglo XIX.

Madrid, 1871.

JULIO NOMEELA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XXXIII.

El lector recordará (ó á lo menos quiero hacerme la ilusión de creer que, interesado por mi cuento, no olvida lo que le voy refiriendo) que al terminar el capítulo XXIX, la llegada del famoso don Ruperto Casamayor había interrumpido la lectura de una carta de Palanquetilla dirigida á Gabriel Molina, en que le daba cuenta de una entrevista con doña Casiana, que debe facilitarnos mucha luz sobre el estado de las pretensiones amorosas del primo con la prima.

El lector estará impaciente por saber lo ocurrido. ¿Cómo nó? Y si no está impaciente, si no le importan nada ni mi relato ni los personajes que presento en escena, peor para él, porque no puedo prescindir de publicar la carta, con esa indiscreción de los que escribimos novelas que parecen historias, é historias que parecen novelas. Convencido de que desea leerla (y esta es otra ilusión de la fantasía del publicista, como se llama malamente á todo el que emborriona papel para el público), me preparo á darla, *velis nolis*.

Al abrir de nuevo el maletón, la primera carta que saqué era la citada, porque ya estaba en puerta. Al verla, se dilataron los ojos del alférez, y haciéndome señas con la mano para que esperase un instante, llamó con sonora voz al asistente, que acudió en seguida, y le dijo:

—Cierra esa puerta, y si alguien viene, dile que estamos descansando.

—Muy bien, señor.

—Ya sabes la consigna.

Retiróse el soldado, y Pacheco se arrellanó en el sillón, cruzó los brazos en ademán de esperar con paciencia el convencimiento de su desgracia, y le dijo:

—Ya estamos solos; lea usted la deseada carta.

“Mi querido Gabriel: la emoción me embarga la facultad de pensar, y por supuesto, de escribirte con concierto; la gloria me tiene trastornado! Las cien trompetas de la fama son pobre vehículo para llevar hasta tí la relación de la más célebre de nuestras funciones de armas celebrada ayer; ¡somos unos héroes, y la causa de Cuba tiene ya asegurado su triunfo! Nuestro periclitado general Quesada ha escrito su nombre con letras de oro en los anales de la guerra, merced á la batalla más descomunal que registran las historias del mundo. Dos palabras, y te quitarás el sombrero para saludar al capitán del siglo!”

“Corría el bravo Quesada por los campos de nuestra patria, en dirección de Najaza, seguido sólo de un puñado de sus rifleros, cuando se vió sorprendido por un ejército, que ni él que soñó D. Quijote en los campos de la Mancha, á la vista de los rebaños, le igualaba. La situación era apuradísima; de nada servían allí ni la pericia militar, ni la astucia, ni la táctica, ni la estrategia: era cuestión de morir sofocados por el número, sin tener campo por donde retirarse; pero como el generalísimo en sus grandes hechos de armas, nunca contó los enemigos sino después de muertos, imitando á aquel Guzmán el Bueno de que tanto se envanecen los españoles, y que al lado de Quesada era un pigmeo, arengó á los rifleros, sosteniendo sobre los estribos su invicta personalidad, y desenvainando la espada, cayó encima de las masas que le cerraban el paso.....”

“¡Ay, Gabriel! mi pluma no alcanza á pintar con exactitud los detalles de aquella fiesta patriótica; la tizona del Cid era una pobre escoba comparada con la de nuestro héroe, pues como un rayo destruyó pelotones de enemigos, que huían en derrota vergonzosa, espantados de aquel nuevo *Ma-chuca* que los pulverizaba. ¡Tres patones quedaron vivos! ¡sólo tres!..... ¡En una semana no tendremos tiempo para enterrar tantos cadáveres!.....”

—¡Camarada! me interrumpió Pacheco; no siga usted leyendo ese cuadro, porque corremos peligro de morir asfixiados. ¡Luego dirán que los andaluces rendimos culto á la hipérbole! Esa carta es un documento precioso para la historia de la farsa llamada insurrección de Cuba, y en cuanto se abran las comunicaciones con la Habana, le enviaremos á mi paisano Juan de Ariza para que la inserte en el *Diario de la Marina* y sirva de solaz á sus lectores. ¡Cáspita con el modo de mentir!

—Así traen engañados á las pobres gentes, que tan á ciegos los siguen! dije yo.

—No busco en ese papel al Homero de la rebelión cubana, agregó el alférez; pase usted por alto esa parte, y vamos á encontrar la que se refiere á Adelina, aunque quizás sea tan embustera como toda la carta y tengamos que ponerla en cuarentena.

Busqué con los ojos el nombre de doña Casiana, y exclamé:

—¡Aquí está la tuerca! Tres párrafos perdemos; pero tiene usted razón: cuando se publique la carta, la posteridad se encargará de inmortalizar á estos héroes de callejuela.

—No veo más que por el único ojo de la madre de Adelina.

¿Qué dice Palanquetilla?

—Dice así:

“Después de las grandezas de la patria, descenderé, amigo Gabriel, á contarte algo de las debilidades del corazón. En tu última me preguntas por los progresos de mi pretensión con respecto á mi prima, y voy á complacerte, pues siento un placer en desahogarme contigo, á quien por tantos títulos considero como un hermano. Se conoce que aquel miserable *patonito* labró en el alma de Adelina una pasión profunda, porque le cuesta mucho trabajo desprenderse de su memoria.”

Levanté entonces los ojos para mirar la cara del alférez, que se contentó con sonreírse ligeramente, haciéndome señas con la mano para que continuara la lectura de la carta, y obedecí la indicación.

“No he perdonado medio para imponerme, y viendo que la niña se aferraba en su negativa, sin duda por guardar una consecuencia mal entendida, de acuerdo con mi tía, cuyos arranques é instintos conoces, empecé por asegurar que el maldecido don Félix Pacheco la había sustituido en su corazón por otra mujer; la noticia hubo de hacerle algún efecto, y comprendiendo yo que debía dar al tiempo lo que era suyo, me trasladé á un ingenio cercano, á fin de no verla, encargan-

do á su madre que trabajara por mi cuenta durante mi ausencia. A los diez días volví, y con sorpresa supe que Adelina estaba muy tranquila, acaso porque creía imposible que mi rival se fijara en otra mujer.

“¿Qué camino me quedaba para llegar á su corazón, dominando aquella fortaleza inexpugnable? Sabía que el afecto de familia no se había extinguido en mi prima, sabía que sus padres ejercían sobre ella dominio, é influencia, sabía que las mujeres son tan volubles como caprichosas; y sabiendo todo esto, adopté por recurso matar al alférez, que me estorbaba; la empresa era difícil, tanto porque nos separaban algunas leguas, cuanto porque el mozo me había probado prácticamente que no era manco, y habiendo consultado á mi tía Casiana, que deseaba vivamente se efectuara mi enlace con su hija, y después á mi tío Gonzalo, que deseaba siempre todo lo que deseaba su esposa, por carecer de voluntad propia, encargamos á don Ruperto que escribiera desde Puerto-Príncipe una carta comunicando á la familia la muerte de don Félix Pacheco, en un encuentro con nuestros hermanos.”

—¡Qué infame! exclamó el alférez apretando los puños; valerse de semejantes medios para obtener el triunfo! Dios me conceda el gusto de encontrarme otra vez cara á cara con ese miserable!

—¿Para qué?

—Para atravesarle el corazón, pues entonces no se contentaría mi bala con ir á buscar la pierna que le queda!

—¿Lo más grave de la noticia se ha escapado á usted en su ofuscación amorosa, amigo mío!

—No comprendo.....

—Fíjese usted en las palabras de Palanquetilla: la tuerca y su marido convinieron en escribir á don Ruperto Casamayor para que este fuera el conducto seguro que hiciera saber á Adelina la muerte de su amante.

—¿Don Ruperto? ¿No es posible!

—Eso delataría una connivencia entre nuestro mal amigo don Ruperto y su rebelde familia. ¡Ahora se hace doblemente interesante la carta del joven Varona!

—Siga usted, que estoy impaciente.

—Oigamos á Palanquetilla:

“La idea era peregrina y la pusimos en planta. Tú sabes que mi tío Ruperto es uno de los auxiliares más poderosos con que contamos en la ciudad....”

—¡Canastos! ¿eso dice? gritó el alférez arrebatándose la carta. ¡Deje usted que me convenza por mis propios ojos de esa declaración!

Y pasando la vista por la carta, exclamó:

—¡Demonio! ¡está bien claro! ¡Ese don Ruperto es un infame! ¿Quién lo creyera?

—¡Ay, amigo Pacheco! Si los hombres nos dejáramos siempre llevar de los impulsos de la simpatía, pocas veces nos equivocáramos; recuerde usted que cuando por primera vez vi en la sala del hospital á don Ruperto, manifesté á usted explícitamente que no me gustaba ese individuo. Ya vé usted que juega con *dos barajas*! Sigamos la lectura de la carta, que acaso nos conduzca á una empresa grande.

Y cogiendo de nuevo el papel, leí:

“Por Ruperto, que está al lado de las autoridades españolas, sabemos los menores movimientos del gobierno, sus planes y cuanto pasa entre nuestros enemigos, porque goza de confianza; él, accediendo á los deseos de sus hermanos, escribió una carta en que dió cuenta de un encuentro fatal para los descendientes de los godos, en que había sucumbido el alférez Pacheco.....”

—¡Aún vivo! exclamó Félix todo convulso; y aún me quedan las dos manos para arrancar el corazón á ese malvado! En cuanto al infame don Ruperto, á ese pícaro *laborante*....

—Eso corre de mi cuenta, amigo Pacheco. Suplico á usted que sea prudente y discreto para no espantar la caza, que de seguro vá él á pagar la fechoría que á usted hizo su familia. Tengo la frialdad que el caso requiere para dar el golpe, y aunque mi herida no me permite moverme tanto como quisiera, caerá sobre él la mano de la justicia. ¡Tomaré mi plan!

Seguí revisando las cartas y encontré otra de fecha posterior, en que Palanquetilla contaba á Gabriel Molina, que con muchos esfuerzos por su parte dominó, el dolor de Adelina, que fué grande en los primeros días, y acababa con estas frases:

“Todo tiene su término, querido Gabriel; mañana veré recompensados mis disgustos, mis amarguras y mis proyectos; Adelina ha creído que su para ella difunto amante había espirado con el nombre de otra mujer en los labios, con otra pasión en el alma, y exaltada por el amor propio, dobló al fin la cabeza. ¡Ya es mía! Mañana nos casamos civilmente, y espero que ha de hacerme dichoso. Cuando se desengañe será tarde. ¡Oh! ¡envíame! Deseo para tí igual satisfacción con tú Carmen.”

—¡Mañana! exclamó el alférez fuera de sí.

—Ese mañana es ya tiempo pasado, amigo mío. ¡No hay más que tener paciencia!

—¡Pero mañana no es hoy! dijo Félix como acariciando una esperanza. ¡El matrimonio no se había efectuado!....

—No hay carta de fecha posterior, contesté; vivamos esperando.

Pacheco dobló la cabeza sobre el pecho, y algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. Para animarlo algún tanto, le dije, cogiéndole una de sus manos:

—¡Valor! ¡aún queda á usted un camino para satisfacer su indignación.

—Un camino? preguntó el joven alzando la cabeza.

—Sí: la venganza.

—¡Oh! ¡no es posible! ¡Está muy lejos ese hombre!

—Pero tenemos cerca uno de los instrumentos del sacrificio, y él nos llevará acaso al logro de los deseos.

—¿Don Ruperto?

—Sí.

—Seré implacable con él!

—Es preciso que no se escape: déjeme usted pensar y ejecutar. ¡Ese hombre es nuestro!

La cabeza del alférez volvió á caer sobre su pecho, y yo guardé los papeles en el maletín con el cuidado que un avaro esconde su tesoro.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

TEATRO DE TACON.

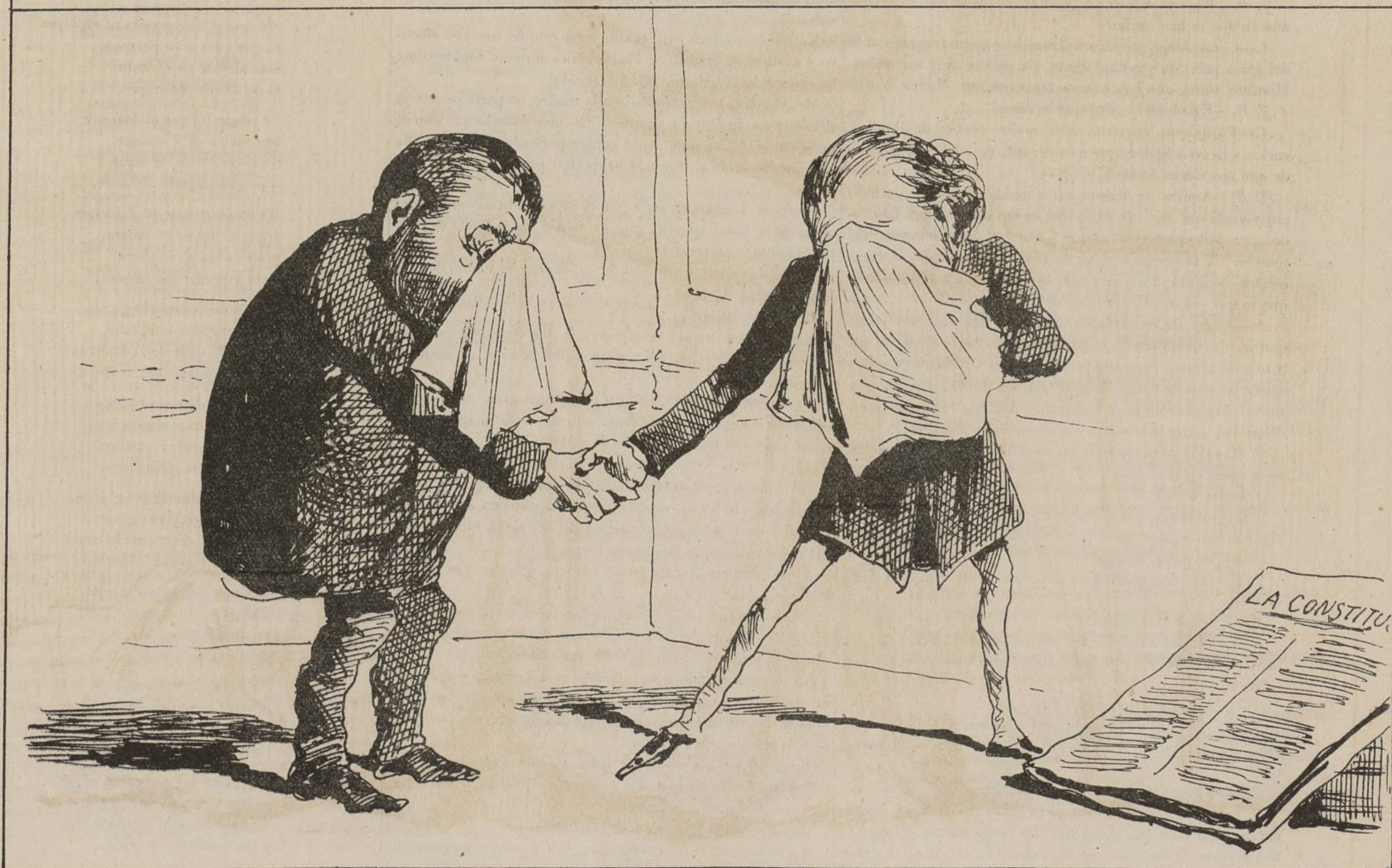


LA SEÑORA REBOUX.

Ayuntamiento de Madrid



Últimas noticias sobre la venta de la Isla de Cuba.



Separacion de Azcárate y de La Constitucion.—Le acompaño á V. en el sentimiento, Sr. Rivero.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 24 DE NOVIEMBRE.

Tal como yo lo predije ha sucedido. ¡Si conoceré yo á esta gente!

El yate del *Herald*, con su correspondiente *reporter*, fué el primero en abordar la *Svetlana* y en administrar al príncipe Alejo el "bautismo de prensa," que es mil veces peor que el bautismo de sangre ó el de fuego.

Sí, tocayo, á tres millas de la bahía, como si dijéramos, en alta mar, recibí el príncipe la primera descarga, y las otras no se hicieron esperar mucho tiempo, pues los *reporters* de los demás periódicos estaban cruzando por la bahía en diferentes remolcadores, espionando la llegada de S. A. para espetarle sus respectivos interrogatorios de tente bonete.

Y después de todo, es grande el servicio que prestan esos perdigueros de la prensa, porque á no ser por ellos, no sabríamos muchas de las cosas que hoy sabemos acerca del príncipe ruso.

¿No es una felicidad saber de una manera positiva que el tercer hijo del Czar de todas las Rusias, ménos una, vino al mundo dando mucho que hacer á su mamá, que por poco no se muere en ese trance?

Este dato es de suma trascendencia para la historia, porque... vaya usted á resolver la cuestion del Mar Negro sin haber aclarado ántes este punto.

Dice el *Herald* que el príncipe tiene seis piés y dos pulgadas y media de alto (medida inglesa), y aquí tienen ustedes otro dato importantísimo, porque el que tiene que ir á hablar con Alejo ya sabe que puede tratarlo de Vuestra Alteza sin temor de equivocarse.

Para que JUAN PALOMO no fuera ménos que los periódicos neoyorquinos, yo quise ir á interrogar al príncipe en tu nombre, y el resultado de la conversacion fué como sigue:

John Bull.—Buenos días, Alejo: ¿estás bueno?

Alejo.—Sin novedad, ¿y tú?

J. B.—Yo, inmejorable. Soy hijo de JUAN PALOMO, rey de los cocineros literarios y de los periódicos satíricos, y como hijo de rey, soy príncipe como tú.

A.—Hombre, me alegro!

J. B.—Con que, chico, cuéntame, cuéntame: ¿qué te ha parecido esta gente?

A.—Francamente, son muy bárbaros.

J. B.—Ahí verás: hace algunos años, cuando vino una escuadra rusa á Nueva York, dijo el *Herald*: "Después de todo, hay que confesar que los rusos son unos bárbaros; pero son los únicos con quienes simpatizamos."

A.—Pero yo, á la verdad, no veo motivo para estas simpatías.

J. B.—Pues yo ménos. Y ¿qué te ha parecido el recibimiento que te han hecho?

A.—Como Alejo, me parece demasiado; como representante del único país con que simpatizan, me parece muy mezquino. Hombre, dime, ¿no hay buens carruajes en Nueva York?

J. B.—Excelentes. ¿Por qué lo dices?

A.—Porque nos enviaron unos malos coches de alquiler, sucios y desvencijados, que á la verdad, me daba vergüenza de que nos vieran en ellos.

J. B.—Aquí no se fijan en estos detalles. Lee los periódicos y verás que los carruajes que os enviaron se han fabricado á propósito para esta ocasion y son los más bonitos "del mundo." Y la gente, á pesar de que los vió sucios y desvencijados, como tú dices, cree más lo que lee en los periódicos que lo que vió con sus propios ojos.

A.—A tres de los oficiales de marina los pusieron en un quitrín que no daba más lugar que para dos, y tuvieron que ir todo el camino abrazados como las tres Gracias, á pique de caerse alguno de ellos. Y ¿qué tal las muchachas de esta tierra? Me parecen muy descocadas. A varias ví que me mandaban besos con la mano. Casi me hicieron ruborizar.

J. B.—¿Sí? pues espérate un poquito, y como te descuides, se te cuela en la alcoba.

A.—¿De veras?

J. B.—Bonitas son ellas para andarse en repulgos. Hay algunas que estaban locas por tí mucho ántes que tú llegases.

A.—¿Qué dices, hombre!

J. B.—Las hay que darian dos años de su vida por darte un beso.

A.—Que me las traigan.

J. B.—Algunas tienen casa propia en la 5ª Avenida y se han venido á vivir á este hotel, sólo para ver si consiguen hablarte.

A.—¿En qué cuarto están? Voy á...

J. B.—Eh! eh! no te precipites, hombre. ¡Diablo de ruso este! Yo creí que en San Petersburgo érais frios como un carambano.

A.—Sí; pues que se descuiden un poco y verás como....

J. B.—Nó, lo que es esto yo te garantizo que se descuidarán como vean que el descuido les tenga cuenta. El suyo es una especie de descuido con cuidado. Tú sí que no te debes

descuidar, porque estas niñas son muy listas y se la plantan al lucero del alba. Luego, luego te encuentras con una citacion ante el tribunal por demanda que te entabla una ex-doncella, reclamándote ó tu mano ó \$50,000 por vía de indemnizacion de los perjuicios que le has hecho.

A.—¿A mí?

J. B.—A tí. Y no te valdrá ser príncipe, ni ruso. No te será fácil escurrir el bulto, y el Juez te condenará precisamente por el bulto. Pero, adios, chico, vá á salir el vapor y tengo que escribir á papá PALOMO.

A.—Dale expresiones de mi parte.

J. B.—Serán dadas.

Y lo son.

JOHN BULL.

PUNTOS NEGROS.

No voy á hablar de los que vió Ruiz Zorrilla, y que tanta popularidad dieron á este hombre de Estado.

Más modesto en mis aspiraciones, no me atrevo á levantar la vista del suelo y hablaré tan sólo de puntos de zapatero. Por eso digo que son negros, y añadiré que huelen á cerote.

Cerote es miedo en el lenguaje popular: ¿quién sabe si el miedo que yo tengo calza muchos puntos, y por lo mismo me parece todo negro?

Un zapatero me dá hoy pié para escribir unos cuantos renglones, que ojalá sean de *punta*.

No hace muchos años que un maestro de obra prima (zapatero, más pronto y mejor dicho) se limitaba á estar dale que le darás con la lesna cinco días de la semana, á descansar el domingo y rendir culto á San Crispin el lunes. Ahora necesita ser orador á la *derniere*.

No hablo de memoria, y allá vá el ejemplo que me inspira lo que voy diciendo:

Mr. Odger es un gran zapatero de Lóndres y no ménos gran orador. Como si dijéramos, un orador de contrafuerte y medias suelas.

En un meeting, del que nos dan cuenta los periódicos más graves, más honestos y más empingorotados, el elocuente zapatero dijo con fácil lesna—digo, con fácil palabra—que "no atacaría la corona mientras viviese la reina, *modelo de virtudes*."

Oh!! Momentos de sensacion y de páusa, para que se remoje la suela.

¡Ah! La reina Victoria, enferma con un tumor que la tiene aburrida,—si los tumores reales son como los que solemos padecer los individuos de más baja estofa,—y llena de sentimiento crónico, tendrá que desechár al fin los diviesos y el mal humor, puesto que el zapatero de Lóndres le ha perdonado la vida.

No puedo yo decir otro tanto, y eso que no soy rey efectivo y ni siquiera graduado. Hasta ahora ningun zapatero me ha concedido el indulto. ¡Qué descuido!

Mr. Odgers, tan benévolo con la madre, no parte perás con el hijo, y en su famoso discurso ha manifestado que con el príncipe de Gales será ménos contemporizador, y que el día que intente subir al trono, le ha de tirar por el faldon de la levita.

Protesto! Lo natural sería que el zapatero lo cogiese por el tacon de la bota: cogerlo por el faldon de la levita es más propio de un sastre.

¿A dónde irémos á parar si de tal modo se confunden las atribuciones? Al caos!

Va no hay clases!

Reflexionemos sobre la importancia que en el gobierno de Inglaterra puede tener ese arranque decidido del zapatero de Lóndres.

Supongamos que Mr. Odgers tenga un gran ascendiente sobre sus colegas, y que al subir al trono el príncipe de Gales se niegan todos á proveerlo de calzado.

¡Horror!

El monarca acudiría forzosamente al extranjero; mas estando asociados todos los maestros de obra prima en *La Internacional*, y confabulados para perjudicar las plantas de los piés del régio vástago, repetiríase la negativa.

¡Gran conflicto internacional! No era posible que un rey anduviese descalzo, con los callos al aire.

Probablemente se armaría una guerra monstruosa entre Inglaterra y Francia, ó entre Inglaterra y Austria, sólo por arrancar la primera un par de botas para su soberano.

Va lo estoy viendo, como si sucediera: Turquía, en pago de otros servicios, estaría dispuesta á entregar unas babuchas á la soberbia Albion; pero ahí tiene usted de nuevo sobre el tapete la cuestion de Oriente.

Rusia dispondría—ó mejor dicho, ya está disponiendo—sus cañones y sus rusos para dar que sentir al Sultan, y las babuchas se quedarían en el camino.

¡Conflagracion general!.... la mar!

Y entre tanto, el pobre príncipe tendría que permanecer en-

cerradito en casa con el desnudo pié sobre una estera ó sobre un felpudo, para no *afluxionarse* ó para evitar unas calenturas de *patente*.

Hubo un rey que llevaba siempre un gorro de lana metido hasta el cogote, para evitar que sus gobernados le viesan las orejas, que eran de pollino, mejorando lo presente; pero que un monarca tenga que andar descalzo es muy nuevo é imprevisto.

¿Cómo habia de recibir á la corte? y sin corte, dónde está el esplendor del trono?

El conflicto habia de ser de los de más bulto.

Se me puede hacer la objeccion de que un Lord ó un Par podrian regalarle un *idem* de zapatos para salir del apuro.

Pero, y el prestigio del monarca? ¿Acaso le estará bien recibir de un súbdito, y como de limosna, un donativo de esa especie?

Pues, hombre, dónde iríamos á parar!

Seguro estoy de que ni el más furioso demagogo se permitiría aconsejar tan vergonzosa determinacion.

Me parece que el apuro vá en aumento.

Al hoy príncipe de Gales no le quedaría más remedio que encomendarse á San Crispin, patrono del gremio zapateril. Pero es protestante! (el príncipe, no San Crispin.) Abrazaría el catolicismo, y cátae el cisma religioso en la Gran Bretaña.

¡Ay, ay, ay!

Irlanda se creería que la hora era llegada, los fenianos levantarían la cabeza, y.... ayúdeme usted á sentir!—Y lo peor sería que San Crispin no contestase ni una palabra, como suele suceder.

La pólvora se gastaría á toneladas, y todo porque un zapatero se ha propuesto tirarle de los faldones de la levita al príncipe de Gales cuando vaya á subir al trono de sus mayores.

Entretanto, mister Odgers se bañaría en agua de rosas con objeto de ir soltando el cerote y el betun propios de la *facultad*, y emplearía todas sus hormas para confeccionar discursos.

Está visto; no se puede gobernar un pueblo sin tener, por lo ménos, un par de botas.

¡Juzguen ustedes si la amenaza del zapatero de Lóndres es ó nó aterradora!

Pero me ocurre en este instante, un medio salvador. Aún puede tener confianza Inglaterra: aún puede esperar que se aleje el momento de su destruccion.

¡Loado sea Dios, que me ha dado esta idea!

Nada; cuando llegue el caso, publíquese una ley prohibiendo ir calzado en todos los dominios ingleses.

¡Te fastidiaste, mister Odgers!—Podrán protestar los callistas; pero *salus populi*.

JUAN DE AUSTRIA.

EL MISERERE DEL TROVADOR.

Sin que él comprenda ni explique lo que pasa á su persona, está metido en *chirona* el caballero Manrique.

Se sospecha que el desastre le provino al *Trovador*, ó por negocios de amor ó por no pagarle al sastre.

Es lo cierto que en prisiones triste el infeliz se muere, y allí canta el *miserere* para espantar los ratones.

Al pié de la torre llega Leonora, rosa temprana, que en la calle de la Habana tuvo há tiempo una bodega.

De quien dice sin rodeos el mundo murmurador, que con aquel *Trovador* tuvo algunos trapicheos.

Llega, y se mece las greñas, mira la torre y se espanta, y después, de un modo canta que hace llorar á las peñas.

—*Trovador*, ya estoy aquí; *Trovador*, no puedo más: sin *escoltarmi* te vás, y ni te acuerdas de mí!

De tan dolorida queja penetra el eco en la torre; la escucha Manrique, y corre para acercarse á la reja.

—¿Quién es? pregunta afligido. —Soy tu amor, soy tu consuelo; déjé durmiendo á mi abuelo y por salvarte he venido.

—¿Quiéres salvarme?
—Está claro;
si nó pediré el Santo Oleo,
y moriré.

—Echa petróleo
á la puerta, sin reparo.
—¿Petróleo has dicho? ¡qué crítica
es mi situación presente!
soy una jóven decente
que no me meto en política!

¡Petróleo has dicho, Manrique!
¿soy yo acaso una cualquiera
demagoga ó comunera?
no te extrañe que me pique!—

Esto lo canta Leonor
yendo con paso ligero
de la torre al agujero
donde está el apuntador.

—¿Y sabes que desatinos
harán conmigo?

—No sé;
pero siempre sospeché
que irás á la Isla de Pinos.

—¿Qué intrigas contra mi fraguas?
Mujer, piensas que tu amante
es acaso laborante?....
—Te probarán bien las aguas.—

Mientras canta el caballero
ella vá, corre que corre,
del agujero á la torre,
de la torre al agujero.

—Comprendo que el hado impío
de usté me aparta señora!
Adio, me voy, Leonora;
que te conserves, y *adio*.

—Ya verás, lio los trastos
y te seguiré.

—¿Qué escucho!
Los viajes cuestan mucho
y no estamos para gastos.

—Le hablaré al Conde de Luna.
—No le hables á ese animal,
que es de *La Internacional*
y te puede hacer alguna.

—¿Qué he de hacer?
—Dale á tu tío

muchas memorias, y espera,
que yo de cualquier manera
volveré; Leonor, *adio*.

Mira, y si no se propasa
y es jóven inteligente,
búscate un novio decente
y que te pague la casa.

—Tu dolor me desconsuela!
dice ella con triste acento,
y expresa su sentimiento
cantando que se las pela.

Dá dos pasos, suelta un grito,
suena la campana.... *doon*,
y él suspende la canción
como todo un señorito.

Y envuelta en el negro manto,
la infeliz, bañada en llanto,
se retira de la escena,
y vá en busca de la cena
para calmar su quebranto.

JUAN DE LAS VIÑAS.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DE TICKNOR.

Al entrar en el salon principal de la Biblioteca pública de Boston, y junto al vestibulo, se encuentran varios estantes ocupados sólo por libros españoles. Todos pertenecientes á Mr. Ticknor, el célebre historiador de la Literatura española, el infatigable erudito, que dejó indudablemente marcadas en su obra maestra las huellas de sus profundos y vastos conocimientos en el ramo de la ciencia á que se dedicó.

Antes de escribir su libro visitó minuciosamente Mr. Ticknor la Biblioteca del Museo Británico, de Lord Holland, y otras nueve de Inglaterra. Registró con el más exquisito cuidado las de Alemania, Italia y Francia; mas fué en España, sobre todo, donde debía recoger más rico fruto. Examinó la Biblioteca real de Madrid, que data desde 1711; visitó el Escorial, "sombroso como siempre," dice él, y decadente ahora;

pero donde yacen escondidos tesoros preciosos desde los dias de Mendoza, "el hombre de Estado, historiador y poeta;" los archivos de Sevilla; las colecciones particulares del Duque de Osuna, el Marqués de Pidal y varios otros.

No contento con sus simples visitas de viajero en esos lugares, proyectó formar una Biblioteca por sí sólo, y con tenacidad *yankee* logró al fin reunir una de las más notables colecciones que existen de libros raros españoles, comenzada á formar en Madrid en 1817 y casi terminada en 1838. Sirviéronle de agentes con ese objeto varios eruditos españoles, entre ellos don Pascual Gayangos, que fué después uno de los traductores de su obra. Sólo hay dos colecciones en el mundo de tanto valor como la que fué de Ticknor: la gran Biblioteca Española del Museo Británico y la particular de Lord Holland.

Al morir, dejó Ticknor sus libros á la Biblioteca pública de Boston, bajo las siguientes condiciones:

1ª Que la ciudad de Boston emplee cada 5 años, durante 25, una suma no menor de 1,000 pesos en comprar libros españoles y portugueses de valor permanente.

2ª Que los libros no puedan ser extraídos del edificio, sino facilitados allí á cuantos los deseen.

3ª Pasados 25 años, se usará para la compra de nuevos libros el interés de un legado de cuatro mil pesos que ha hecho Mr. Ticknor.

4ª Los libros no podrán ser vendidos, cambiados ni cedidos, sino conservados juntos.

5ª Si la ciudad de Boston no acepta estas condiciones, pasarán los libros á la Universidad de Harvard.

Cuando se trasladaron los volúmenes á la Biblioteca, después del fallecimiento del donante, resultaron ser 3,760 tomos impresos, 14 tomos de manuscritos encuadernados y 598 folletos, además de muchos manuscritos sueltos. Todos se encuentran en muy buen estado, muchos están llenos de notas escritas por Mr. Ticknor, y contienen dentro tiras curiosas cortadas de periódicos.

Entre las curiosidades más raras de esta colección única, hay muchos libros condenados por el Santo Oficio, ó por la Inquisición, que conservan las huellas del tormento, por decirlo así, á que fueron sometidos. Uno de ellos es el libro del jesuita Mariana, intitulado "Varia Opuscula" y publicado en Colonia el año de 1569. Consta de siete tratados en latin sobre varios asuntos de crítica y teología. El VI, sobre "La Muerte y la Inmortalidad," fué condenado por razones religiosas, y el IV, sobre "La Variación de la Moneda," por motivos políticos. El autor, que contaba entonces setenta y tres años, fué encarcelado y sometido al tormento. El ejemplar de Mr. Ticknor fué espurgado por el Santo Oficio, arrancada la cuarta parte y encuadernado otra vez; rasparon además de la primera página al título de ese tratado hasta borrarlo y variaron los números de los demás. Es un monumento curiosísimo de la paciencia y minuciosidad de los inquisidores. Hay tambien una mancha á la izquierda de la página, como de algo que estuvo pegado á ella y después se arrancó, y Mr. Ticknor escribió allí: "Aquí supongo que estaba el certificado de expurgación."

Otras partes del libro, que no pudieron ser fácilmente raspadas ni arrancadas, aparecen borradas con gruesas líneas de tinta de escribir. El que se empeña en leer lo testado, poniéndose á la luz, descubre con algun trabajo algo de lo que decia, sobre todo, en la página 104, donde hay varias citas de San Juan y San Agustín, y algunas palabras del autor, que el Santo Oficio creyó borradas para siempre.

Contiene la Biblioteca algunas de las actas oficiales de los Autos de fé, ó *Relaciones*, como se llaman. Se refieren á los Autos de Logroño del 7 y 8 de Noviembre de 1610, á los de Granada de 1720 y 1721, y á uno de Madrid de 1756, y son los únicos de su especie que existen, ó por lo ménos, que se conocen.

M. N.

VIVA EL LUJO!

Viva el lujo, y el majó que lo *trujo*:
y pues el lujo se halla en candelero,
dei lujo heraldo fiel, yo canto al lujo,

Y reto al moralista vocinglero
que torpe lo calumnia y lo difama,
vulgarote mordaz, mal caballero.

El lujo dá valer, crédito y fama;
de culto y bien nacido al hombre abona;
de cualquiera mujer hace una dama;

Talento y ciencia presta á la persona,
que un quidan con gaban y estrecho guante
puede ocupar ministerial poltrona.

Tan fuerte nos dá ya por lo elegante
que brilla aquel que por su lujo brilla,
aunque el brillante mozo sea un tunante,

Que á gritos reclamando esté Melilla,

ó alguna vanidosa suripanta
que el buen tono adquirió de pacotilla.

Puso aquí el lujo su extranjera planta,
y muchos que le dan su único duro,
soportan por su amor fiera *carpanta*;

Gentes que viven en perpétuo apuro,
cifrando en la bambolla lo decente,
por no igualarse al artesano oscuro....

Atildado doncel, dama esplendente,
perdonad si os infiero rudo ultraje;
yo confieso que sois cumplida gente,

Yo sé que por lucir rico equipaje,
la de Galicia escualida sardina
devorais, cuando no vulgar potaje.

Su frente el mundo á vuestro paso inclina,
absorto al contemplar tantos adornos,
propiedad del tendero de la esquina.

Lucidlos ¡vive Dios! que hartos bochornos
cuestan al padre, al novio ó al marido,
víctima de la usura y los trastornos.

A ser vuestro adalid ya me decido,
de cantar vuestra gloria siento el pujo,
y pujaré el elogio merecido.

Al malandrin que motejare el lujo
si no encuentro razon que lo convenza,
rajo, destripo, aplasto, rompo, estrujo.

Porque es crimen atroz y desvergüenza
calumniar la belleza peregrina
de postiza armazon y ajena trenza.

Húndase la barata muselina
y sea el crugiente gró y el terciopelo
lo que cubra la hinchada crinolina.

Hay que barrer con raso el sucio suelo
y hay que cubrir con blonda y rico encaje
desde el bajo talon al alto pelo.

¡Que bufen los pobres de coraje!
lucir el taco bien y ¡ancha Castilla!
es la mision de todo personaje.

La modesta, la humilde, la sencilla,
si humillada se vé por tal boato,
que se aleje del mundo que la humilla.

Pues no tiene derecho el mentecato,
que ni luce buen frac, ni joyas luce,
á entre gentes de pró pasar el rato.

El que no viste bien, mal se conduce,
que ha llegado por el fáusto dia
en que oro es todo aquello que reluce.

Contra el lujo luchar! vana porfia.
Tan sólo de pensarlo airado rujo.
¡Echar rumbo ó morir! y no hay tu tia,
esta es la ley del lujo.—¡Viva el lujo!

MARIANO RAMIRO.

SARTENAZOS.

La política hace el efecto del mosto, que trastorna la cabeza y hace ver sombras y bultos negros.

Y si nó que lo diga un periódico de la Península, que empieza su artículo de fondo con el siguiente conato de chubasco:

"El horizonte político vá cubriéndose de sombras y nieblas. El cielo se oscurece: las nubes se condensan."

A ver, señores, mi paraguas, mi paraguas!

Continúa:

"¡Ay del dia en que la tempestad rueda en el espacio!"

Avíseme usted el dia que *rueda*, para evitar que nos coja debajo.

Y sigue después:

"¡Ay del dia en que el rayo brille en el viento!"

Mi caballo, mi caballo! como dice el general Bum.

Me suscribo para ese dia ver cómo se las compone el *rayo*, para brillar en el viento.

¡Ni que fuera una antorcha de brea!

Azcárate tuvo aquí *El Siglo*; en Madrid *La Voz del Siglo*; y ahora acaban de aplicarle el gran puntapié del siglo.

¡Qué apego tiene ese hombre á las cosas del siglo!
No extrañaré que el mejor dia me digan que anda en tratos con la suegra del presente *Siglo*.

Los cuerpos ne Artillería celebrarán el dia 4 la festividad de su patrona Santa Bárbara, de una manera espléndida.

La misa solemne será cantada por Tamberlick y las primeras partes de la compañía de ópera.

No le digo á usted más para probarle si el acto será grandioso.

Ha vuelto al mundo *La Revolucion*; pero ahora se llama *La Revolucion de Cuba*. Es decir, que tiene nombre y apellido; mas para que todo sea falso en ese periódico, lo es hasta el título, pues mal puede ser *de Cuba* el que nace en Nueva York.

Digo; me parece!

No conozco un yankee más valiente que Mr. Sickles; por eso digo: ¡valiente yankee!

Se casó y se cansó; su esposa le costó una pierna, dejándolo en un pie, como las grullas por virtud de sus veleidades y devaneos.

Pero como la carne es flaca, Mr. Sickles se ha vuelto á casar; se ha hecho reincidente, y eso que la única pierna que le quedaba no cesaba de gritarle:

¡Prudencia!

Si este nuevo enlace le proporciona otra nueva mutilación, podrá exclamar, mirando lo que de su persona queda:

¡Ay amor, cómo me has puesto!

Se ha averiguado ya que Montpensier no tiene el menor compromiso con doña Isabel de Borbon.

De manera que las empresas pueden dirigirse sus proposiciones para la actual temporada teatral.

A LAS RAPAZAS.

Vinde hermosas yumuriñas,
vinde nenas á cantar
á festa dos galleguiños
que se vai á celebrar.
Veñan axiña as da Habana,
San Antonio é Guanajay,
vinde miniñas garridas,
vinde todas á bailar.
Veñan tamen as de Cárdenas,
de Colon é Jovellanos
con pandeiros é ferreñas
é las gaitiñas cos paisanos
Alegrádebos miniñas
de esta festiva garrida
que é pronóstico seguro
vai á ser boa romería.
Xa parece que rebrinca
no Quinteiro por salir,
E xa se senten os cartos
nas faltriqueiras ruxir.
Gracias á Dios que dous netos
oxe podemos botar,
porque xa as endroménas
outro xeito han de levar.
Miña Virgen do Corpiño,
meu glorioso San Ramon,
que non falte aquí o bon viño
é as verzas con lacon.
Esta festa ou reunion
relucirá como o sol,
é hache de ser á union
de todo bon español.

Union de Reyes, 22 de Noviembre de 1871.

JOSE MARÍA OTERO.

En un telegrama que publican los periódicos republicanos, dando cuenta del entierro del diputado Joarizti, se leen las siguientes palabras:—"Grande entusiasmo."

Por qué, porque se haya muerto?

Me cachis con los republicanos!

—¡Quién lo habia de decir! ¡hasta el Papa!

—Pero, hombre, qué le ha hecho á usted Su Santidad?

—¿A mí? nada; pero lea usted; se atreve á protestar ante el mundo entero, porque el gobierno italiano ha mandado cerrar los clubs que *La Internacional* tenia en Roma. Dígame usted si no es para escandalizarse ver al Pontífice defendiendo á la *Commune*.

—Me está usted gustando. ¿No vé usted que es á la clausura de los establecimientos políticos internacionales á la que S. S. se opone con todo su génio?

—¡Va! Pero como la palabrilla trasciende á petróleo, creí que al gobierno le habia olido á chamusquina religiosa, por ejemplo, á la que se usaba en los autos de fé, y por eso.....

—¿Vá usted á seguir?

—Hombre, me parece.....

—Que me vaya —Abur!

Un joven estaba muy triste el día de su boda.

—Pero, hombre, qué tiene usted? le preguntaron los convidados.

—Estaba pensando con quien me casaría si por desgracia enviudara.

En Bruselas se han declarado en huelga los que encienden los faroles.

¡Qué horror!

Compadezco á Bruselas por el grave compromiso en que se halla, pues como para encender faroles se necesita mucha ciencia, quién reemplaza á los actuales faroleros?

• ¡Qué porvenir el de los gatos de Bruselas, tener por fuerza que pasar por pardos, por aquello de que de noche todos los gatos son..... *idem!*

En Madrid se ha formado una comisión para reformar la moneda.

Esas cuestiones nadie las puede resolver mejor que una persona imparcial. Es decir, uno que no tenga ni una peseta, y que por lo tanto, le importe poco que la moneda tenga este y el otro tamaño.—Me propongo á mí mismo para árbitro, y fuera modestia.

Un periódico de Europa publica la edad de los principales personajes que hoy figuran en la política bajo diferentes conceptos. Según dicho periódico, el Papa tiene 79 años y su ministro, el Cardenal Antonelli, 66. El príncipe de Gortschacoff, 61; Mr. Thiers cuenta 74, y sucede á un emperador de 63 años; el rey de Prusia tiene la misma edad que el jefe del poder ejecutivo francés; el general Moltke tiene 70 años; Von Room, ministro de la guerra, 98; y Bismark 57; lord Russel se acerca á los 80; Disraeli cuenta 66 y Gladstone 68; Guizot tiene 80; Remusat, 74; Saint-Marc-Girardin 70; Dufaure, 73; Víctor Hugo, 69; Cremieux, 73, Julio Favre, 62; Raspail es octogenario; Blanqui septuagenario, y los dos periodistas Delescluze y Girardin tienen respectivamente 62 y 63 años; el duque de Nemours, 57; el príncipe de Joinville, 63; y el duque de Aumale 49, y el conde de Chambord, 51; Gambeta sólo tiene 32, y el conde de Paris 33; Julio Simon y Lord Granville, 57 años.

Un diputado eclesiástico ha dicho en el Congreso que era una cosa muy grave destituir al Patriarca de las Indias.

Convenido! pero más grave es deber un millon y pico y no pagarlo.

Y si nó, que lo diga el Sr. Patriarca.

Se han rematado últimamente en Paris los muebles, libros y objetos de arte que pertenecieron á Alejandro Dumas. Su hijo compró la biblioteca y todos los manuscritos. Se vendieron en cien francos dos sillones. Cuatro acuarelas hechas por Guillermo III, rey de Holanda, sobre escenas de los *Tres Mosqueteros*, produjeron poco más de cien pesos; un puñal, regalo de Garibaldi, cuarenta y tres francos, y una escopeta albanesa que perteneció á Abdel-Kader, sesenta y un pesos. En momentos menos revueltos hubieran sin duda producido mucho más esas curiosidades.

Mire usted si tienen *cuquerías* los filibusteros.

Balderioty de Castro, según se acaba de averiguar, ha cobrado durante siete años dos sueldos por destinos incompatibles.

Por supuesto, que los cobraba del tesoro español: figúrese usted si con la aversión que él tiene á todo lo que sea hispano habrá sufrido poco teniendo que tragar esas dos paguitas!....

Si le digo á usted que la ferocidad española es de lo que no hay!....

Un orador sostenía con palabras indiscretas y con frases sin sentido acalorada polémica.

—En su discurso no hay grano,

el contrincante le objeta,

todo es paja.—Y un tercero

que hacer quiso su defensa:

—¿Qué no hay grano—le replica—

en el señor? esta es buena!

pues no ve usted que está todo

salpicado de viruelas?

—Juan, á la señora se le ha perdido una pulsera de brillantes. Busca por todas partes y dí á Manuel y Rosa que busquen también.

Los dos criados revuelven la casa hasta que encuentran la pulsera.

—Aquí está.

—Bueno, pues dile á la cocinera que no la busque más, puesto que ha parecido.

—Al contrario; dejarla que busque, y si por casualidad la encuentra ella también tendremos dos pulseras en vez de una.

—¡Pues es verdad!

El último drama que escribió Alejandro Dumas, *Los Blancos y los Azules*, no tuvo mucho éxito, como es sabido. Después de la representación se retiró el autor á su casa, callado, fatigado y de mal humor, lo cual en él era extraño; hizo quedarse á cenar con él al amigo que lo acompañaba, fué á la cocina, preparó un par de huevos y una salsa, y volviendo con el plato en la mano, dijo: "Así podrá usted asegurar que si el viejo Dumas no sabe ya componer dramas, sabe por lo menos cocinar tan bien como solía."

Juan Particular, el de las cartas teatrales, continúa en fermo y no ha podido asistir á la primera representación de la compañía de ópera italiana; por lo cual calla JUAN PALOMO, hasta el número inmediato, cuanto tiene que decir sobre el asunto.

Pero si bien el *Juan* encargado de las revistas teatrales no concurrió el jueves al espectáculo, no faltaba por allí otro *Juan* que pueda decir á ustedes, en confianza, que el éxito de la compañía fué brillante, y que el magnífico teatro de Tacon presentaba un golpe de vista deslumbrador.

El susodicho *Juan* (servidor de ustedes) examinó las oportunas reformas que se han llevado á cabo en el elegante coliseo y no puede menos de aplaudirlas.

Juzguen ustedes sinó los ligeros apuntes que voy á dar de las mismas.

Se han hecho de nuevo, por el pintor escenógrafo señor Arrigoni, la embocadura y bambalinas, que son del mejor gusto.

El alumbrado ha sufrido una recomposición y limpieza general, de modo que el teatro es ahora claro como nunca.

Han sido retocadas todas las decoraciones.

Todo el vestuario se ha construido nuevo: así hemos visto vestir perfectamente á *Rigoletto*.

Se han renovado las cortinas en los palcos del Excmo. Sr. Capitan General y Presidencia, haciendo nuevos retratos en los mismos.

También es notable la reforma del patio, del cual han desaparecido los árboles que habia en el centro, y ha quedado pintado y alumbrado como jamás estuvo.

Los nuevos escusados de mármol están hechos con lujo y aseo.

A todas estas mejoras del local, añadan ustedes que la orquesta y coros cuentan un personal numeroso como nunca y comprenderán que el gran Teatro está actualmente muy *comm il faut*.

De manera, que después de la agradable noticia que les he dado, aguarden ustedes el domingo próximo, que *Juan Particular* estará ya en disposición de poner la pluma en ristre.

ANUNCIOS.

ALMANAQUE PARA 1872.

JUAN PALOMO, para continuar demostrando su agradecimiento al favor que el público le dispensa, tiene ya en prensa para regalar á sus abonados un

ALMANAQUE COMICO, POLITICO Y LITERARIO, PARA 1872.

de igual tamaño que los anteriores, con profusión de grabados y redactado por los más distinguidos escritores de la Península y de Cuba.

Este ALMANAQUE, verdaderamente notable, que superará á los de los dos años anteriores, lo recibirán todos los actuales suscritores y los que se suscriban ANTES de 1º de Enero de 1872.

El ALMANAQUE se repartirá en todo el próximo mes de Enero.

A LOS ANUNCIANTES.

El ALMANAQUE DE JUAN PALOMO PARA 1872, redactado por los principales escritores de la Península y Cuba, ilustrado con caricaturas, lleno de amena y variada lectura, aumentará sus páginas para insertar en ellas anuncios, complaciendo así á las muchas personas que lo han solicitado. El favor que concede el público todos los años al citado ALMANAQUE, la numerosa tirada que de él se hace y la larga vida que tienen sus ejemplares comparada con la efímera de los periódicos diarios—puesto que un libro se guarda siempre—son la mayor garantía de la gran publicidad que tendrán los anuncios que publique el ALMANAQUE DE JUAN PALOMO, leído por más de 20,000 personas de esta Isla, la de Puerto Rico, España, Méjico y Estados Unidos.

Así, pues, ofrecemos á los anunciantes algunas páginas para que inserten en ellas anuncios, bajo estas bases:

Por una página..... \$ 15
Por la mitad..... \$ 8
Por un cuarto de página..... \$ 4-25.

Los que deseen aprovechar la ocasión, deberán traer los anuncios á esta Administración de JUAN PALOMO, O'Reilly, 54, antes de fin de Diciembre, que es hasta cuando los podemos recibir, pues el libro se repartirá en Enero de 1872. Se empleará la letra que desee el anunciante, admitiéndose viñetas y clichés.

Se hará gran rebaja á los dueños de establecimientos que, anunciando en el ALMANAQUE, tomen un regular número de ejemplares para regalar á sus parroquianos, como se hace en España, Francia é Inglaterra.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."

CALLE DE O'REILLY, NUMERO 54.